

JMV y la Familia Vicenciana: un carisma al servicio del Reino

Yasmine Cajuste

Ex-presidenta Internacional de las JMV

Durante estos últimos años, la Familia Vicenciana ha vivido múltiples oportunidades para volver a sus orígenes, descubrir la belleza del carisma y mirar con esperanza el sueño y el proyecto de un mundo en el que todos vivamos como hermanos, y en el que la justicia y el amor sean los valores supremos que inspiren las decisiones individuales y colectivas.

Tal vez sea bueno dedicar un tiempo a contemplar cómo una asociación juvenil, como Juventudes Marianas Vicencianas (JMV), se ha empapado de este carisma y, en fidelidad a su propia identidad, se esfuerza por encarnar, hoy en día, el proyecto de Dios, al estilo de San Vicente de Paúl.

Vicenciana por sus orígenes y su historia

Desde su renovación, a partir del Concilio Vaticano II, el carácter vicenciano se constituye en una de las notas principales de la Asociación, tal como viene indicado en el artículo 5 de los Estatutos Internacionales: *“Por su nacimiento en el seno de la Familia de San Vicente de Paúl, (JMV) se inspira en el carisma vicenciano y hace de la evangelización y el servicio de los pobres una de las características distintivas de su presencia en la Iglesia. Sus miembros se comprometen a ser misioneros, dando testimonio de su amor a Cristo con la palabra y con su trabajo”*.

No podemos olvidar el hecho fundacional, que hace de JMV una asociación vicenciana: nació a petición de la Virgen María, para acoger a los jóvenes pobres del siglo XIX. Cuando la Virgen pide al padre Aladel, a través de Catalina Labouré, la fundación de una Asociación de jóvenes que se consagren a la Virgen María, ya existía una asociación similar: la “Congregación de la Santísima Virgen”, formada por alumnos de los jesuitas. La diferencia fundamental está en que la “Asociación de Hijos e Hijas de María” quiso abrir espacios de crecimiento en la fe para la población juvenil con pocos recursos. En este sentido, la fidelidad actual de JMV al carisma vicenciano se mide, también, por su presencia en las periferias sociales y eclesiales.

A lo largo de su historia, la “Asociación de Hijos e Hijas de María” (hoy Juventudes Marianas Vicencianas) ha sabido vivir esta fidelidad.

Ya que no es posible rememorar todo ese recorrido, al menos, quisiéramos mencionar algunas circunstancias especiales en las que la vivencia del carisma, por parte de sus miembros, fue esencial para la continuidad en el servicio vicenciano. Nos limitaremos a dos ejemplos muy reveladores: Eritrea y México.

Las Hijas de María de Eritrea nacen en marzo de 1886, en Keren, ocho años después de la llegada de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad. Tras nueve años de intensa y entusiasta labor formativa, la asociación dejó de existir a partir de la ocupación italiana y la expulsión forzada de los Misioneros franceses. Sin embargo, las Hijas de María, consagradas a María y conocidas como “enaties” (madres), continuaron ofreciendo servicios a las comunidades cristianas: catequistas de niños, oración, atención a los feligreses en sus domicilios, y apoyo a los párrocos en diversas actividades. Este servicio permitió que continuase la obra iniciada, hasta el regreso de la Congregación de la Misión – Cohermanos italianos, en esta ocasión –, y el establecimiento de la Asociación “Juventudes Marianas Vicencianas” en Hebo, el 8 de diciembre de 1949.

Un hecho similar ocurrió en México. Cuando las Hijas de la Caridad fueron expulsadas del país, en 1875, las Hijas de María se unieron, orando por la salud y el pronto regreso de las Hermanas. Sor Pilar Ruiz Iriarte, Hija de la Caridad, en su libro *“La Compañía de la Hijas de la Caridad en la segunda venida a México, Tomo I”*, reconoce que “las obras de la Pequeña Compañía en la nación mexicana fueron sostenidas y continuadas por aquellas a quienes habían formado durante 30 años de abnegación: las Hijas de María se encargaron de mantener, en cuanto pudieron, la fe y la caridad, conservando siempre viva la esperanza del retorno”. Ante la perspectiva del regreso de las Hermanas, y bajo la guía de su director nacional, el P. José Manuel Segura, C.M., surgió la idea de crear un Hospital para los Pobres, apoyado por las Damas de la Caridad. A esa iniciativa se sumaron, de inmediato, varias Hijas de María, que se entregaron plenamente al proyecto con su trabajo voluntario. Sor Pilar sigue describiéndolas así: *“Generosas en su entrega, perseverantes en su esfuerzo, firmes en su dedicación a los pobres, de fe sólida, sencilla, y confiadas plenamente en la bondad del Señor, que atiende a los ruegos de los pequeños. Sería éste, tal vez, el retrato de una buena hija del Señor Vicente quien, indudablemente, las tenía ya como hijas predilectas desde que se decidieron a encontrar a Cristo en los Pobres. Trabajaron, además, con eficiencia y, llegado el momento, entregaron las Obras en situación óptima bajo todos los aspectos”* (p. 56). Muchas de ellas se integraron, entonces, en la Compañía de las Hijas de la Caridad.

Aunque breves, esos hechos históricos nos permiten reconocer la gracia de Dios actuando a través de las Hijas de María – hoy Juventudes Marianas Vicencianas – en medio de situaciones complejas.

Esos casos excepcionales destacan la misma esencia de una Asociación que fue creada para los pobres, y guiada por el mismo espíritu, recibido de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad, un espíritu de colaboración al servicio de los más vulnerables.

La vivencia del carisma vicenciano en el hoy de la Iglesia y de nuestras sociedades

Desde una sólida conciencia de su historia y vocación, los miembros de JMV procuran encarnar el ideal de “Vivir, Contemplar, Servir”, desde el seguimiento de Jesucristo, con María, y al estilo de San Vicente de Paúl. Las formas concretas de este compromiso se han manifestado en diversas actividades e iniciativas, cuyo alcance más profundo se confirma en la experiencia de conversión personal y en el compromiso comunitario e individual con los empobrecidos.

La reciente IV Asamblea General de JMV (Salamanca, julio de 2015) nos ha brindado una oportunidad especial para descubrir cómo evangelizan y sirven los miembros de JMV. Una actividad titulada “*JMV en las periferias*” mostró, entre otros asuntos, nuestra presencia en muchos lugares marginados, desde los que nos llama Cristo: al lado de los inmigrantes (España, Italia), en la misma experiencia de ser inmigrante (miembros filipinos en Grecia), entre los niños y desde las familias (Madagascar, Polonia, etc.), en el mundo de los motociclistas (Brasil) y minusválidos (Eslovaquia), entre las víctimas de catástrofes naturales (Filipinas), en medio de la violencia (Colombia, Siria, etc.). También se subrayó nuestra presencia en el “sexto continente”, en Internet y en las redes sociales (Italia, p.e.), en donde la comunicación y la creatividad se convierten en una herramienta para el encuentro con los demás, para la difusión del Evangelio, para el contacto con otras realidades y para el acercamiento a los jóvenes de nuestros barrios y parroquias; un continente donde nuestra presencia debe ser aún más eficaz, desde el conocimiento de todas sus posibilidades, pero también de sus riesgos.

En muchos casos, la evangelización y el servicio a los más desfavorecidos se ha vivido desde la experiencia misionera. Partiendo de la participación en misiones populares, junto con la Congregación de la Misión, las Hijas de la Caridad y otros grupos de la Familia Vicenciana. Los miembros han sabido responder a las llamadas de la Iglesia y de sus hermanos desfavorecidos. Merecen especial mención las vivencias misioneras de JMV en Europa y en América Latina.

Desde 1984, JMV España facilita a sus miembros la oportunidad de vivir experiencias misioneras de corto y medio plazo. Esos envíos misioneros, cuidadosamente preparados, permiten a los países en misión (Honduras, Bolivia, Mozambique) recibir el anuncio del Evangelio, mediante acciones evangelizadoras y proyectos diversos, al ser-

vicio de las comunidades. En colaboración con la Familia Vicenciana, los jóvenes asumen la llamada de Cristo de ir más allá de sus fronteras, y descubren nuevas realidades en las que Cristo se hace presente en los empobrecidos, dejándose transformar por Él. A raíz de esas experiencias misioneras, nacieron comunidades permanentes de laicos misioneros, hasta la creación de MISEVI en 2001, la rama más joven de la Familia Vicenciana. En diversos países europeos han vivido experiencias misioneras: JMV Portugal, en Mozambique, JMV Italia, en Albania, etc.

Mientras, en España, JMV iniciaba estas experiencias misioneras en América Latina, el movimiento comenzaba a organizarse. El Primer Encuentro Iberoamericano de la Asociación tuvo lugar en la República Dominicana, en 1992. A partir del segundo Encuentro, que se celebró en México en 1995, se adopta el nombre de “EMLA” (Encuentro-Misión Latinoamericano), cuyo momento central es la misión popular, en la cual participan miembros de todos los países de la Región. Es importante subrayar que la dimensión misionera de esos encuentros fue consecuencia natural de la experiencia de los grupos en sus propios países. En este sentido, el EMLA no es más que una experiencia internacional del compromiso misionero de la Asociación en los diferentes países.

Más allá de esos ejemplos concretos, el carisma vicenciano sigue vivo en toda la Asociación, que adquirió plena identidad internacional en 1999, con la aprobación de los nuevos Estatutos Internacionales y la apertura de su Secretariado Internacional.

Desde su primera Asamblea General (Roma, 2000), JMV Internacional ha formulado sus orientaciones generales en torno a cinco áreas bien definidas: vida espiritual, formación, apostolado y evangelización, colaboración vicenciana, custodia y uso de los bienes. Existe una estrecha relación entre estos aspectos de la vida de la Asociación, y algunos compromisos pertenecen, con frecuencia, a ámbitos diferentes. Sin embargo, la elección de estos grandes campos sugiere una dinámica que va del ser (vida espiritual, formación) al hacer (apostolado, colaboración y gestión de los bienes). Así, de forma natural, la Asociación vuelve continuamente a lo esencial de su presencia y misión: el crecimiento en la fe de los jóvenes, para que se conviertan, en comunidad y dentro de la Iglesia, en testigos creíbles del Amor de Dios a los más empobrecidos, admitiendo que cumplir esta misión requiere que se dispongan de ciertos medios económicos.

En cuanto al contenido de esos compromisos quinquenales, muestran una evolución que sería largo estudiar aquí con detenimiento. Esos compromisos, introducidos siempre por unas convicciones, son el fruto del diálogo de la Asamblea y de la evaluación del Documento Final anterior, realizada conjuntamente por el Equipo Internacional y los países miembros. Este carácter participativo y orientador del Docu-

mento Final de cada Asamblea General, lo convierte en una herramienta clave para percatarse de las prioridades y los retos de una Asociación que busca ser fiel a sus orígenes, sin dejar de vivir la creatividad propia del mundo juvenil, tan necesario en el mundo actual.

Retos de JMV para vivir el carisma vicenciano

En cada uno de sus apartados, el Documento Final de la Asamblea General 2015, hace referencia al carisma vicenciano, que la Asociación quiere vivir y compartir. Aunque no sea posible reproducirlo de forma íntegra, quisiéramos subrayar algunos de los compromisos que contiene:

1.4. Daremos a conocer y divulgaremos el tesoro que es la espiritualidad Mariana-Vicenciana con sus virtudes (para que la vivencia de las mismas nos hagan contemplativos en la acción).

3.3. Fomentaremos experiencias concretas de “matriculación” en la escuela de los pobres, para dejarnos evangelizar por ellos. Todo ello en un espíritu de reflexión.

3.4. Asumiremos definitivamente que la evangelización no solo pasa por el anuncio, sino también por la denuncia de las injusticias que opacan este mundo, aprovechando las diferentes instancias eclesiales y civiles ya existentes.

3.5. Difundiremos y motivaremos a los jóvenes para que sean protagonistas, asumiendo la predicación informal como estrategia de evangelización (EG 127-128).

3.6. Participaremos activa y generosamente en la preparación, realización y promoción de las misiones populares.

4.1. Promoveremos el conocimiento de los orígenes de la Colaboración Vincenciana y la realidad de las distintas ramas que tenemos a nuestro lado.

4.2. Animaremos la creación de proyectos de formación compartida, con el fin de llegar a un compromiso común.

4.3. Propondremos, en colaboración con las otras ramas de la FV, proyectos orientados al desarrollo humano integral.

4.4. Acompañaremos a los jóvenes en su proceso de discernimiento vocacional, en la identificación de los dones recibidos para optar por una desembocadura concreta.

Este resumen sugiere el camino que JMV desea recorrer, en los diferentes países, durante los próximos cinco años, en colaboración con la Familia Vicenciana: unir contemplación y acción, desde la vivencia de las virtudes vicencianas; formarse para profundizar en el carisma; comprometerse en la evangelización y en el servicio eficientes, pero

también en la denuncia profética; y encontrar, como jóvenes, dentro de la Familia Vicenciana, un espacio de crecimiento y de acción.

Ciertamente, estos no son los únicos desafíos que esperan a JMV en los próximos años, o, mejor dicho, estos compromisos, en su formulación breve, esconden muchos otros retos. Para que la presencia de JMV siga siendo significativa, sus miembros deberán vivir como jóvenes de fe sólida, apasionados, socialmente corresponsables, comprometidos con su vocación de servicio a los más pobres. Esto conlleva que sean evangelizadores en todo ámbito de su vida cotidiana (familia, amistades, escuela, universidad, ocio) y que se atrevan a comprometerse en el ámbito político, donde se toman las decisiones que generan la pobreza. Así, seguirán viviendo la creatividad caritativa que les hará capaces de anunciar a Jesucristo como apóstoles de esperanza. Tendrán que tomar actitudes firmes, asumir la radicalidad evangélica y realizar acciones concretas a favor de la justicia, además de comprometerse en contra de las pobreza y sus causas. JMV tiene que ofrecer espacios y experiencias que hagan posible todo esto, para que los jóvenes de hoy se conviertan en adultos en la fe, dentro de nuestras comunidades cristianas, y en ciudadanos audaces, capaces de manifestar la ternura de Dios, y de obrar con humildad por el Reino de Dios.

Retos de la Familia Vicenciana

De forma muy especial, en los quince últimos años, los miembros de JMV han profundizado en su conciencia de formar parte de una gran Familia espiritual. Eso ha llevado a que sus miembros, a diferentes niveles, se comprometieran en diferentes proyectos de la Familia. Pero, como en toda familia, JMV ha ido descubriendo flaquezas y obstáculos a la hora de concretar el carisma en la actualidad, tal como Vicente de Paúl lo viviría. Y, por su ser juvenil, no ha sido siempre fácil, tanto a los adolescentes como a los jóvenes, asumir estas debilidades. Sin embargo, los miembros de la Asociación siguen creyendo en esta Familia y en su identidad, como continuadores de la misión de Jesucristo, al estilo de San Vicente.

Por eso, lo que señalamos a continuación, es también nuestra responsabilidad, como parte de la Familia. Después de 400 años de servicio a los pobres, nos parece que la Familia Vicenciana, en su diversidad y complejidad, está llamada a:

- Ofrecer, a todo miembro de la Familia, oportunidades significativas para vivir la oración y el servicio, desde la espiritualidad vicenciana.
- Proporcionar formación conjunta, de calidad, que impulse a los miembros de la Familia a vivir apasionadamente el carisma. Una formación que tenga a Cristo como eje central, la Doctrina Social de la Iglesia como guía y los retos del mundo actual como perspectiva.

– Dar prioridad al contacto directo con los más empobrecidos, yendo más allá de los que están cerca. Vivir, aún más, en medio de los pobres, para descubrir, a través de ellos, la belleza y la alegría del Evangelio. Esta presencia no puede ser esporádica; debe convertirse en un estilo de vida que interpela y atrae.

– Asumir, definitivamente y con todas sus consecuencias, el reto de la denuncia profética, llena de amor. Nos toca ser la voz de los sin voz, en toda circunstancia que lo requiera.

– Convencernos, de verdad, de que todos los esfuerzos a favor de la justicia y de la paz son inútiles si no van acompañados de acciones concretas y eficaces para preservar la integridad de la creación. Sentir dolor por nuestra madre tierra y actuar en consecuencia.

– Vivir la evangelización desde dentro. Tener el valor de cuestionar nuestras estructuras organizativas, y descubrir aquellas prácticas que provocan la división, la marginación, la búsqueda del poder, las injusticias, y el uso ineficaz de los recursos, dejando que el Espíritu Santo sea el protagonista de nuestra Familia.

– Abrir las puertas cerradas ante la misión compartida, romper las barreras como familia espiritual internacional y crear redes de auténtica colaboración, que nos hagan eficaces servidores y administradores de los bienes de los pobres, dejando de lado toda actitud de poder.

– Abandonar, por así decirlo, nuestros antiguos esquemas mentales y estilos apostólicos, para abrimos al reto del cambio sistémico, y aceptar que el primer paso consiste en sentar a los pobres en la mesa de nuestras conversaciones y decisiones.

– Crear puentes dentro de toda la Familia Vicenciana, de tal manera que niños, jóvenes, adultos y mayores continúen fieles al carisma, trabajando unidos con los pobres. Mientras que algunas ramas parezcan más importantes que otras; mientras que se identifiquen, excluyentemente, como “para jóvenes”, “para adultos” o “para mayores”, no seremos una familia acorde al proyecto de Dios y al sueño de San Vicente para sus colaboradores.

– Reconocer nuestras propias pobreza, como individuos y como comunidades, para poder acoger la misericordia de Dios y, desde ella, ser y hacer más de lo que jamás hubiéramos podido imaginar.

Al leer y meditar estos retos, tan numerosos y ambiciosos, podemos sentirnos desanimados. Si así fuera, que sea éste el primer paso para salir de nuestra pasividad, de la falsa seguridad de pertenecer a un carisma con mucha historia. Como afirma el Documento Final de la Asamblea General de 2015 de Juventudes Marianas Vicencianas: *“Tenemos la gran suerte de pertenecer a la Familia Vicenciana. Seguir las huellas de San Vicente, nos invita a ver a Cristo en el pobre y al pobre*

en Cristo [para] dar vida y esperanza a la continuidad de este extraordinario carisma de 400 años de existencia. Estamos invitados a salir al encuentro y a colaborar con esta familia a la que pertenecemos”.

Miremos a nuestra Familia desde otra perspectiva: más de 300 grupos y, probablemente, más de 500.000 miembros. Si cada uno viviera desde una fe profunda, hoy día, la caridad y la audacia de Vicente, Luisa, Ozanam y Rosalía – por citar sólo a algunos que se dejaron guiar por el Espíritu Santo –, podríamos hacer más que todas esas fuerzas destructivas que parecen tan eficaces en el mundo actual. Sólo así podremos vivir la centralidad del Evangelio, ser fuego, dar sentido y esperanza. No es una misión imposible. Y si en algún momento lo pareciera, podremos parafrasear a la Virgen Milagrosa: “El buen Dios nos encomienda una misión; tendremos muchas dificultades, pero tendremos la Gracia”. Que esta convicción nos dé el valor de convertirnos en lo que estamos llamados a ser: vicencianos de profunda espiritualidad y personalidad dinámica, al servicio de nuestros amos y señores.